# Crítica de libros

## OCHO POETISAS

Poetisas o poetas mujeres. No he pensado todavía qué es más apropiado, con perdón de Jean de Venezuela. Ocho libros, testimonio de que lo femenino no es ya ni mucho menos pasividad. Pues mientras algunos líricos varones sestean demasiado, se lo piensan mucho, las mujeres dan libros como si dieran hijos, tan espontáneamente. Ah, y acaso—no lo digo por galantería—tienen un secreto que se echa de ver bastante en el otro bando: el secreto de saber diferenciarse sin retorcimiento. Es posible que la casi total incapacidad femenina para lo objetivo resulte a la corta—a la corta ya—una ventaja interesante, desde el momento en que, además, la poesía femenina española ha salido de aquella temática más bien ñoñita y limitada, temática de entre cuatro paredes donde nos enterábamos muy bien de los amores y desgracias de su autora, con un poquito de paisaje para no aburrir demasiado.

La mujer poeta ha sabido en general incorporarse sin perder su paso a lo que puede servir para enriquecer su lírica. Ocho libros. Varios tonos, varios momentos creadores en la obra de cada una de las firmantes, continuidad o no. Uno ha leído con confianza de principio y con esperanza de hallar algo.

Carmen Conde. El libro se llama *Los monólogos de la hija* y en el pie de edición dice: Castilla, 1959. Quien haya leído antes a esta poetisa tal vez se sorprenda un poco, pero por supuesto no desagradablemente. Se trata de otra cosa. Se trata de que estamos acostumbrados a que entregue una poesía densa y preocupada, de amplias estructuras, con una voz mayor y a veces compleja, y este libro que acabo de leer es casi todo lo contrario. Aquí es hija que ofrece homenaje a su madre, y por ello su mundo tiene que hacerse más estricto, más sencillo y más enternecido. Monólogos dirigidos a alguien, narrados de una manera clara, con ese tono romancesco insustituíble en la evocación, apenas rizados de imágenes y metáforas, llegado a eso que dimos en llamar desnudez. Cinco cantos y un solo canto. Carmen Conde hila la anécdota, atiende a dejarlo todo dentro de un equilibrio—para mí lo mejor del libro—que no estorba cuanto de carga íntima tiene. Tiene también la belleza sobria de un cuento antiguo mezclado al deseo confesional. Además de leerse, se ve. Y por descontado se siente. Para Carmen Conde hay una palabra: maestría. Y esa maestría se permite variaciones tan delicadas sobre la presente.

Pasar del libro comentado a *Belleza cruel,* de Angela Figuera Aymerich (México, 1958), es una prueba inmediata de lo que antes decía sobre la abundancia de tonos en la poesía femenina actual. Cambio brusquísimo. A. F. concibe la lírica como algo muy ardiente, muy actual, muy como "instrumento para transformar el mundo". Frente a los estetas, por si queda algún partidario del pájaro y la rosa. Con esa estética, a pesar de todo, que conlleva la poesía "social". Belleza cruel: envoltura celeste de lo que duele. Claro que este dolor es grande y provoca que el poeta sea antes que nada un expositor y un acusador. Si no estuviera sujeto a equívoco, yo diría que en estos poemas, de vibración casi siempre indignada, hay periodismo lírico, aguafuerte testimonial. Lo que no sé es si esta poesía se halla más condenada a ser perecedera que la otra. A. F. pone en la temática que abarca enteramente una situación, y donde puede deslizarse el tópico, acento de mujer madre. En ello reside a mi entender lo propio del acuse tremendo, tal como lo siente la autora. Canta de frente y sin medias tintas. Domina su técnica y, a veces, llega al acierto rotundo—un tanto apartada de lo que constituye el núcleo de su libro—como en *San Poeta Labrador,* pieza inolvidable, escrita con vistas a siempre, con una belleza de siempre. Difícilmente cabe mejorar esa enumeración orante en la que queda resuelto el peligro de monotonía. Ante una pieza así no caben sís o nos. Por lo demás el tono de prosaísmo eficaz va bien llevado. Yo pondría al lado del poema de San Isidro el *Canto rabioso de amor a España en su belleza* y *Miedo.*

Hace un momento me refería al prosaísmo de Angela Figuera—sometido a norma—y ahora encuentro en este libro titulado *Todo asusta,* original de Gloria Fuertes, primera mención en el concurso de Lírica Hispana, el prosaísmo sometido a humor. El caso de G. F. es muy interesante. Estamos hartos de saber que el humorismo no es patrimonio femenino; es raro. Aquí tenemos una de las contadas excepciones. En *Todo asusta* hay salida desenfadada y graciosa de una angustia, de una decepción que se adivina fácilmente. Es como ver la verdad—juguete roto—y conmoverse de un modo risueñamente melancólico. G. F. conoce una especie de secreto para la emoción; lo tiene, y me atrevo a considerar consiste en hacer lírico el disparate, el absurdo. No siempre, claro. *Acción de gracias,* por ejemplo. Pero aún ahí leemos ese verso "gracias por no haberme hecho legionario" y el efecto es sensacional. Ya advirtió en cierta ocasión García Luengo lo fácil que resulta hablar de ternura. Por eso no hablo de ella. Hay muchas clases de ella. Me parece arriesgado tal como hace Gloria Fuertes apoyar con frecuencia sus pequeños poemas en una de esas "salidas" que desarticulan, que desarman (por obra de la risa o de la sonrisa) algo tan perfectamente serio y tan radicalmente infantil como el temor a lo humano. Y sobre la pirueta nada solemne, Dios.

Pura Vázquez firma este libro: *13 poemas a mi sombra,* Editorial Arte, Caracas, 1959. (Buen síntoma: nuestras poetisas editan en el extranjero.) Y ahora recuerdo una frase de Séneca: "El hombre no puede saltar por encima de su sombra". Pura Vázquez no pretende ese salto. Sabe que

nuestra sombra es la más leal compañía. Como gallega tiene tendencia a expresarse con motivos de la Naturaleza. Su repertorio imaginativo está lleno de referencias al paisaje en su estado más puro. Y ese repertorio es sobremanera abundoso, espeso, bello y triste. Sujeto a una retórica acreditada y no menos eficaz que cualquiera otra inventada o por inventar. Preferencia por el verso libre y amplitud emotiva. Es una mujer que se sitúa en un ámbito donde las cosas aparecen revestidas y son compañía en el agudo sentimiento de soledad. Aunque en una línea de hoy P. V. enlaza muy bien con una tradición muy específicamente galaica. La ha trasplantado a otra orilla.

José García Nieto, en el prólogo a estos versos de EDUARDA MORO, reunidos bajo el título de *Este sol que me habla* (Papel de Aleluyas, Madrid, 1958), habla de lucha con el "dolorido sentir" garcilasista. Es exacto y nos define la situación que motiva el lirismo de esta mujer. (Un buen prologuista siempre ahorra palabras al que comenta.) En primer lugar hay una gran preferencia por el soneto sin barroquismo, con tersura y sensibilidad clara. Dolor que mira hacia Dios e intimismo a lo clásico, sobrio de gesto. Formas ligeras y el peso del corazón, que ya es bastante. Sin poder entrar en otros aspectos, es justo destacar algo que se trasparece en todo el libro: disciplina poética.

Como decía no sé quién: "antes de lanzarse a la audacia es conveniente saber pintar bien el bodegón".

"Baladre", en su colección "Almendro", edita *La naranja,* de MERCEDES SAORÍ. Otro color, otro mundo, que en su misma tristeza busca el asidero. Algo que pueda parecerse a la esperanza. Aquí hay apoyo constante en lo íntimo que se trasciende, que aspira a ser símbolo—un árbol, por ejemplo—. Entre la realidad y la emoción una especie de reflexión desencantada. M. S. tiende a ser exhaustiva, redondeando cuanto compone cada trozo de su realidad, de su vida, que quiere fijar. Y la fija —con esos pinceles de su poema—poniendo tanto de la sugestión de las cosas en torno como de ella misma. Lírica que no pretende ser brillante, sino gris de palabra, sin sorpresas expresivas porque atiende esencialmente al conjunto, al orden de cada poema, más que al chispazo. Insisto en este sentido de ordenación que Mercedes Saorí demuestra. En *No se parecía a nada* se sale un tanto y con fortuna de esa línea. "Las palabras sonaban de otra forma—y la sorpresa fué reconocerse." Zamorano ilustra muy bien este pequeño volumen.

De todos los libros comentados hasta ahora, *De mí hasta el hombre* es el único que llega desde el Sur. Su autora es MARÍA DE LOS REYES FUENTES. Hace el número cuatro de la Colección Caleta (Cádiz). Ni la realidad social, ni el humor, ni la melancolía, ni el desencanto reflexivo. La mujer y el Hombre, adivinado y deseado raízmente, con fuerza y exquisitez. La palabra se colorea, se llena de una tensión bella en la que importa muchos a partes medias la promesa y el ofrecimiento. (Llamo la atención sobre este ofrecimiento, esta actitud femenina por demás y que, sin embargo, no se prodiga hoy en el verso.) María de los Reyes

Fuentes reparte su poema entre el soneto y el verso libre. Sin querer, o queriendo, resulta que lo primero parece pausa de lo segundo. Hay un par de sonetos estupendos, sincerísimos y bien realizados. Realmente se trata de un solo poema donde no falta el típico poema de los hijos.

*De mí hasta el Hombre*—puente a su vez hacia Dios—tiene en todo momento un buen regusto de palabra cuidada. Lo que no es raro viniendo de donde viene.

Y, por último, AMPARO GASTÓN, cuyo *A flor de labio* edita "Lírica Hispana". En el concurso convocado por esta revista obtuvo el segundo premio. Hay títulos muy expresivos, y que se tienen constantemente en cuenta mientras dura la lectura, porque explican desde el principio, y al llegar al final, lo que el autor nos ha querido decir. Está a flor de labio aquello que para salir afuera no necesita de mucho trabajo interior; apenas un leve e indispensable ordenamiento para que nazca la palabra. Así ocurre aquí. Esta primeriza poesía de A. G.—primeriza en libro con su sola firma—tiene intuición y encanto. Fluye, se la nota deseosa de hacer un recorrido por cuanto es vida. Y, en este caso, vida es esencialmente amor sin tristuras, rebose de sentimientos que se agolpan, se contrarían incluso. ¿Línea, escuela? Nada de eso. Apenas o ninguna preocupación porque el poema tenga definida estructura. Decir sencillo, balbucente, salvo excepciones como en *Hacia la vida,* que resume y mejora otros poemas del mismo volumen. Tal vez Amparo Gastón prefiera apuntar a redondear. Pero cierto impresionismo no deja de ser peligroso. Sobre todo cuando en una sensibilidad vivísima y alegre hay base para empresas maduras.

JIMÉNEZ MARTOS.